

sacando fuerzas de flaqueza, preguntó á varios que salieron á la playa qué paraje era aquel.

Con gran contento suyo supo que se hallaban á muy corta distancia de las minas de Haina, y con no ménos sorpresa que aún vivia Miguel Diaz en aquel terirtorio al aldo de su amada Catalina.

Hizo que le condujesen á su presencia, y despues de lo que habia sufrido, experimentó una inmensa alegría al hallarse próximo á Santo Domingo, y hospedado por uno de los mejores amigos que en la Española tenia Colon.

Le confió el objeto de su viaje, y aunque Diaz le dijo que Ovando no acudiria en auxilio de Colon, aquel mismo dia se puso en marcha, y guiado por un indio pudo llegar hasta la colonia de Santo Domingo, donde á la sazón se hallaba Ovando gozándose en su obra.

La llegada de Mendez sorprendió al gobernador, que le recibió inmediatamente para averiguar el objeto de su viaje.

Asistamos á su entrevista.

Capitulo XLVIII.

Donde se vé lo que Ovando queria y lo que no queria.

Creia Ovando que, abandonado Colon á sus propias fuerzas, sólo habria conseguido ver perecer sus carabelas á impulso de las olas.

Si el mar no destruia sus embarcaciones, suponía que por una parte los desengaños que habia recibido el ilustre marino, sus enfermedades, su desaliento, y por otra la conducta de algunos de sus tripulantes, personas que á su lado habian puesto sus enemigos, acabarían con su vida.

La gloria del gran hombre, aunque velada por la sombra de la desgracia, brillaba lo bastante para que el demonio de la envidia aguijonease á sus adversarios.

Acaso consistia su encarnizamiento en ese despe-

cho que hace experimentar la conciencia á los que no pueden ocultar que han cometido alguna villanía contra un hombre superior á ellos por su talento y sus virtudes.

El deseo hacia creer á Ovando, como hemos indicado, que habrian fracasado por completo los proyectos del almirante.

Hacia ya mucho tiempo que las carabelas de Colon se habian alejado de la costa de Santo Domingo, y aunque se habian salvado de la espantosa tempestad que produjo la destruccion de la brillante flota que, cargada de tesoros, enviaba á España el nuevo jefe de la colonia, sabia que habia tomado un derrotero desconocido, y cuando no habia vuelto ó enviado siquiera algun emisario, era señal segura de que habia perecido con todos los que le acompañaban.

En medio de las tribulaciones que sufría, le sonreía esta idea.

Era, en efecto, el único consuelo que mitigaba lo horrible de su situacion.

La colonia era una verdadera caja de Pandora.

Los indios habian aprendido las astucia de los españoles, y conociendo lo ominoso del yugo que pesaba sobre ellos, la empleaban con éxito siempre que podian.

Los colonos, compuestos en su mayor parte de la chusma, porque los hombres de bien, escasos por cierto, habian regresado á España ó habian sucumbido bajo el peso de sus desdichas, siguiendo el ejemplo de Bobadilla y de Ovando, impulsados por la codicia, sin

más ley ni más religion que el lucro, fundaban la más odiosa de las esclavitudes con los infelices indios, desconocian toda autoridad, se rebelaban descaradamente contra las prescripciones de su gobernador, que sólo los hallaba prontos á obedecerle cuando se trataba de ayudarle á cometer alguna infamia.

Para divertirlos, necesitaba de cuando en cuando ofrecerles el inicuo espectáculo de una hecatombe.

La más leve falta, el más infundado pretexto bastaba para que aquel hombre taimado ahorcase á unos cuantos indios, y este espectáculo y las lágrimas de sus esposas y de sus hijos, eran una de las diversiones favoritas, uno de los goces más gratos de aquellos desalmados.

Este estado de cosas le hacia sufrir.

Los malvados adoptan todos los medios, por infames que sean, para llegar al fin que se proponen.

Ignoran que la Providencia es justa y que hace que las armas se vuelvan contra los mismos que las emplean.

Los que habian ayudado á Bobadilla á mortificar á Colon, fueron los primeros que se colocaron al lado de Ovando para destruir á Bobadilla.

Aquellos mismos hombres, no pudiendo sustituir á su último jefe, se complacian en tratarle como á un esclavo.

Todo esto le mortificaba; temia que su conducta hiciese buena la de Colon á los ojos de los españoles, y por eso le halagaba la idea de que hubiera perecido el almirante.

La llegada de Diego Mendez fué para él un horrible desengaño.

Al anunciarle, le dijeron que deseaba verle uno de los marineros que habian acompañado á Cristóbal Colon.

—¿Dónde ha desembarcado?—preguntó.

—Cerca de Haina.

—¿Quién le acompaña?

—Uno de los peones de Miguel Diaz.

—Pero al llegar á Haina, ¿quién iba con él?

—Sólo un indio.

—¡Un indio!... ¿No ha llegado al puerto en alguna carabela?

—Los dos llegaron á nado.

Una sonrisa brilló en los labios del gobernador.

—Que pase al punto,—dijo.

Y Diego Mendez no tardó en hallarse en su presencia.

Ovando deseaba preguntarle si aún vivia Colon, pero temia una respuesta afirmativa.

En vez de demostrarle su ansiedad, se encerró en la mayor reserva.

—¿Quién sois?—dijo á Diego Mendez.

—En este momento, un enviado del muy ilustre señor don Cristóbal Colon, almirante de las Indias.

Esta respuesta, que implicaba la existencia de Colon, irritó á Ovando.

Con ceguedad añadió:

—No reconozco en Colon más títulos que los que

á la consideracion pública tienen los que han encanecido en el servicio de sus reyes.

Mendez conoció que en aquellos momentos necesitaba más diplomacia que arrogancia, y procuró llevar la conversacion á otro terreno.

—Si me lo permitís,—le dijo,—desempeñaré la mision que cerca de vos me ha confiado mi señor y dueño.

—Responded antes á mis preguntas.

—Como gustéis.

—¿Ibais á bordo cuando Colon llegó á Santo Domingo á pedirme buques con que reemplazar los suyos?

—Le he acompañado desde que salió de España para emprender su cuarto viaje.

—Y al proseguir su viaje, ¿dónde fuisteis?

—En busca de un estrecho.

—¿Y lo habeis encontrado?

—Hemos hallado algo que vale más.

—¿Qué habeis hallado?

—Permitidme que no responda á esa pregunta.

—¿Por qué razon?

—No estoy autorizado para ello.

—¿Quién os ha de autorizar entonces?

—Mi jefe... el ilustre Colon.

—¿Acaso vive?

—Vive, y la realizacion de sus esperanzas ha aplacado sus males y ha rejuvenecido su espíritu.

Ovando se mordió los labios.

La ira que sentia en el pecho parecia ahogarle.

—Contando con vuestra lealtad hácia nuestros augustos monarcas, me envia á pedir os auxilio.

—¿Auxilio?—exclamó Ovando asombrado,—¿pues no decís que ha realizado sus esperanzas?

—Ha descubierto el país donde se cria en las entrañas de la tierra el mejor oro del mundo; pero al volver á España á comunicar tan fausta noticia á los reyes, los temporales que hemos sufrido han destruido los buques, y para sobrevivir á tantos desastres, se ha visto el almirante precisado á buscar una costa segura, á unir por medio de fuertes barrotes las dos únicas carabelas que nos han quedado, y en este estado aguarda á que le socorraís.

—¿Dónde decís que está?

—Muy lejos de aquí... en la costa de la Jamáica.

—Y no teneis más que dos carabelas.

—Decid mejor almadias... no pueden navegar.

—¿Entonces cómo habeis llegado hasta Santo Domingo?

—Teníamos una canoa, y salí en ella con algunos indios y un español.

—¿En tan endeble tabla os atrevisteis á atravesar el Océano?

—El deber y el amor que profeso á los reyes, y á su almirante en estos mares, me incitó á acometer tan árdua empresa.

—¡Sois arrojado!—dijo Ovando, fijando en él una mirada escudriñadora.

—¡Soy leal!—contestó Diego Mendez con entereza.

—Pero, según mis noticias, no habeis llegado á la costa en la canoa.

—No,—dijo Mendez,—en medio de la travesía nos sorprendió una horrible tempestad; la navicilla se sumergió en el agua, perecieron mis compañeros, y sólo pudimos salvarnos á nado un indio y yo. Ahora bien: ya sabeis el objeto de mi venida. Colon, enviado por los reyes, nuestros augustos soberanos, á enriquecer sus dominios con nuevos territorios, ha realizado su dorado sueño, puede ofrecer á su patria adoptiva una de las más grandes conquistas, pero necesita buques para regresar á España, y yo en su nombre vengo á solicitarlos.

—¿Venís acreditado formalmente?

—Os traigo una comunicacion firmada de su puño y letra, y sellada con su sello.

—Dádmela.

—Héla aquí,—dijo Mendez, entregándole un pliego cerrado.

Ovando vió otro pliego.

—¿Y esa comunicacion,—le preguntó,—para quién es?

—Para sus majestades.

—En ese caso dádmela también, para enviarla en la primera calabela que parta á España.

—He de entregarla yo mismo en sus propias manos.

—¿Cuándo?

—Cuando Dios quiera: mi deseo es obtener vuestra venia para partir en el primer buque que se dé á la vela.